

OBJETIVO: LLEGAR A LAS ELECCIONES

UNA inmensa mayoría de españoles desea que las elecciones se celebren el 15 de junio y que, tras ellas, se inicie una normalización de la vida pública, social, cultural, política. Una minoría está dispuesta a destrozalas. Esa minoría está situando la nación, una vez más, al borde del abismo. Tiene una fuerza, puede utilizarla. Insistir en la noción de que hay un riesgo, y de que ese riesgo es creciente, no es un problema de pesimismo: es una llamada de atención. Los que van a perder no se resignan, como no se han resignado nunca.

UNA forma de estar alerta es comprender el significado de estas elecciones. Se han planteado mal por todos los grupos, se están convirtiendo en un espectáculo más bien torpe, son de una pobreza casi ridícula. Los partidos políticos —todos— se están dejando caer en los más feos y antiguos vicios electorales: el culto a la personalidad —por esa idea de que el español vota nombres y personas más que ideas: pero, ¿dónde están las ideas?—, las vagas promesas de felicidad, la idea de que todo puede resolverse con un voto. No hay programas concretos, no hay imaginación, no hay un estudio de las realidades españolas inmediatas. La demagogia es patente. Por ejemplo, cuando los partidos religiosos y de derechas se

acercan al tema del divorcio, lo hacen con una vaguedad de aperturas que deja ver su ánimo de no perder votos de los divorcistas; cuando lo hacen los partidos laicos y de izquierdas, dejan aparecer un sentido restrictivo y cuidadoso, para no perder los de aquellas personas que podrían temer por su seguridad si se instalase en un divorcio amplio. Es un ejemplo. En otros temas sucede lo mismo. Grandes problemas del país, como las nacionalidades o la difícil situación social de muchos sectores, se están planteando directamente, al margen de los partidos, sin esperar al resultado electoral. Fuera de una fe democrática.

CON todos sus fallos, con toda su tristeza, con toda su pobreza, estas elecciones son decisivas. Probablemente se ha minimizado su verdadero alcance al plantearlas como un problema entre el franquismo y la democracia. Lo que hay aquí, en este país, es un problema de siglos: la peculiaridad de este vasto territorio, en el que por razones más que geográficas no ha entrado directamente una serie de corrientes filosóficas, políticas y religiosas que han ido haciendo lo que llamamos el mundo, con evidente injusticia, pero con una cierta realidad en cuanto se refiere al área histórica y geográfica en la que estamos incluidos. Se ha dicho siempre

que a España le han faltado las "tres erres": Renacimiento, Reforma, Revolución. Con ellas, le ha faltado el humanismo, la instrucción pública, el pensamiento económico, la entrada de la tolerancia de unos para con otros, la liberación del vasallaje, la edad industrial, la época de los grandes inventos, el librepensamiento, el concepto del trabajo como un bien común, la libertad religiosa... España ha estado como recubierta de una campana de cristal que la pusieron sus propietarios, y por algunas fallas ha penetrado a veces un poco de aire nuevo: ha sido rápidamente apagado por una tromba de terror y fuerza. Finalmente, por una serie de circunstancias propias de nuestro tiempo, España ha podido ser de alguna manera penetrada por unas ideologías dominantes en el mundo occidental (y no cabe aquí emplear la palabra occidental solamente en el uso político que le ha dado la semántica de la guerra fría, sino como algo mucho más profundo), y a lo que estamos asistiendo ahora es a una batalla más entre los viejos propietarios de la finca nacional y los que desean entrar en esa zona de revalorización del hombre. El franquismo ha sido solamente una de las manifestaciones históricas de esa circunstancia histórica.

NATURALMENTE, atribuir a estas elecciones el poder de cambiar España es excesivo. Las elecciones se van a producir —si no las rompe alguien antes— como una consecuencia de ese nuevo concepto de la vida que nos está penetrando. Son un paso decisivo. Es difícil no convenir con el señor Areilza en la descripción de sus miserias. Cuando el señor Areilza explica las razones por las cuales no ha presentado su candidatura a estas elecciones ("El País", 22 de mayo), dice: "Elecciones manejadas desde el poder y Cortes difícilmente gobernables para superar la crisis de Estado. Situación económica límite a partir de junio. Y ausencia de consenso negociado para hacer frente a los grandes temas pendientes. Mi conciencia me dice que después de las coacciones ejercidas para expulsarme de la vida política —repitiendo el intento de 1969— no debo entrar en la gigantesca operación que se prepara para legitimar parlamentariamente el fran-

Areilza,
visto
por Vázquez
de Sola.

